

EL “NUEVO MUNDO” EN EL ESPEJO DE EUROPA: REFLEXIONES SOBRE LA CONSTRUCCIÓN IDENTITARIA ESTATAL

Natalia Bustelo¹

Resumen: La circulación de imágenes icónicas constituye una de las vías más importantes utilizadas por los Estados modernos para construir una identidad nacional. Para abordar los rasgos que esa construcción tuvo en Latinoamérica, el presente trabajo ha seleccionado una serie de imágenes que permiten reconstruir el modo en que tendió a ser figurado lo nacional, lo latinoamericano y su relación con Europa.

Introducción

La construcción de una representación identitaria es, sin duda, un elemento decisivo en la consolidación de los Estados modernos. En el caso del continente americano, esa construcción se encuentra recorrida por una peculiar tensión. Si, por un lado, los Estados nacionales son acontecimientos postindependentistas y en ese sentido se alejan del pasado colonial que marca el comienzo del vínculo europeo, por otro lado, esos Estados aspiran a una civilización y modernidad universales cuyo foco de irradiación tiende a ser ubicado en Europa.

En las páginas que siguen proponemos algunas reflexiones sobre el modo en que los Estados latinoamericanos concibieron su relación identitaria con Europa. Para ello, tomamos como disparador una serie de imágenes icónicas que, promovidas por esos Estados, circularon

¹ Doctoranda en historia por la Universidad Nacional de la Plata, becaria Conicet. Email: nataliabustelo@yahoo.com.ar. Agradezco los comentarios y sugerencias de María Marta Quintana y Adrián Celentano.

masivamente alimentando la representación de lo nacional y de lo latinoamericano.

1. El orden de lo social en las colonias españolas

A fines del siglo XV, los españoles “descubren” el Nuevo Mundo. En corto tiempo toman contacto con distintas comunidades americanas y luego de unos cincuenta años logran conquistar y cristianizar a muchas de esas comunidades que tenían lenguajes y tradiciones sumamente distintos. El orden social que instalan los españoles en las colonias se basa en una clasificación y jerarquización sumamente precisa.



En esta imagen anónima del tiempo de la conquista, están representadas las tres grandes castas en las que, en principio, fue dividida la sociedad: el español, el mestizo y el indio.² El cuadro ofrece también la clave de la jerarquización de lo social: la unión de la razón masculina y la naturaleza femenina da nacimiento a una esencia infantil, el mestizo –quien, por cierto, hereda la lengua y el traje españoles-. Para la visión patriarcalista de entonces, es evidente que las mujeres y los niños no son capaces de gobernar; ambos necesitan de la iluminación de los civilizados y cultivados

² Sobre todo a partir de la introducción de la mano de obra esclava traída de África, la clasificación tripartita de la sociedad se mostró insuficiente. Así, ella fue ampliada para incluir nuevas castas, entre ellos, “negros”, “zambos” y “mulatos”, pero la racialización de las jerarquías históricamente establecidas es tardíamente cuestionada.

“hombres blancos”. Asimismo, sólo bajo la tutela ciudadosa de los últimos, los habitantes de esa exuberante naturaleza pueden vivir en armonía y amor.

La descripción de la sociedad como una familia en la que la máxima autoridad es identificada con el padre no es una particularidad española. Más bien, se trata de una constante en la teoría política europea. Una tradición de pensamiento que probablemente encontró su expresión más sistemática en el *Patriarcha* (1680) del inglés Robert Filmer y su polemista más famoso en el contractualista John Locke y su *Primer tratado sobre el gobierno civil* (1698).

Retomando una de las cuestiones señaladas –y criticadas– por Locke, recordemos que la familia como metáfora social legitima el orden colonial en tanto una disposición natural –a la que se le agrega un anclaje racial–. Esa naturalización de lo social no puede pensar el conflicto, imposibilidad que no se vio cuestionada por las dificultades que tuvieron los españoles para mantener su dominio. En efecto, la represión de los levantamientos indígenas tendió a ser considerada como la restitución del orden dado y no como la imposición de un artificio social.

Como es sabido, el potencial conflicto recién adquiere una configuración amenazante para los colonos españoles hacia fines del siglo XVIII. Ese conflicto es formulado por la segunda casta que se consolida al interior de la etiqueta de “españoles”, y que da lugar a la distinción entre “peninsulares” (nacidos en la península ibérica) y “criollos” (blancos nacidos en América, impedidos de asumir cargos políticos). Reconociéndose como blancos puros y hombres civilizados, los criollos reclaman derechos políticos ante la corona española. Las ideas de la Ilustración son el apoyo ideológico en su rivalidad con los peninsulares. Más precisamente, la crítica a la forma de dominación del absolutismo monárquico, así como las doctrinas de la soberanía popular y las teorías del contrato social se convierten en la

justificación intelectual de los criollos que exigen la libertad política respecto de la Madre Patria.³

Hacia comienzos del siglo XIX, cuando la monarquía española se encuentra debilitada por la ocupación napoleónica, los criollos del Virreinato del Río de la Plata logran convertir el foco de conflicto en Independencia: las autoridades españolas deben huir del territorio rioplatense y prontamente los criollos deciden que la “república” es el nuevo régimen político. Si bien las ideas igualitarias de la Ilustración estaban detrás de la conformación de los ejércitos independentistas (compuestos tanto por criollos como por mestizos e indios), pocos fueron los criollos que pusieron en duda que la república debía mantener las jerarquías sociales coloniales, y que cuestionaron la clasificación racial que legitimaba esas jerarquías. La Independencia desplaza a los peninsulares, pero los criollos logran mantener muchos de los rasgos del orden colonial.⁴ De ahí que no sea sorprendente la pervivencia en Latinoamérica, hasta entrado el siglo XX, de formas de explotación de la mano de obra semi-esclavista y desiguales relaciones sociales, ancladas ambas en vínculos premodernos, así como la sólida concentración del poder político en manos de latifundistas criollos.

Como sugieren las imágenes sobre las que trabajaremos en los siguientes apartados, a pesar del reconocimiento jurídico de la igualdad, la jerarquización social de las colonias españolas continuó teniendo efectos en los nuevos ordenes políticos de la región.

2. La “Guerra de la Independencia”

³ Restringiéndonos al caso de las colonias españolas, dejamos aquí de lado el interesante caso de la independencia de la colonia francesa de Haití, donde no son los “criollos”, sino los “negros esclavos” quienes están a la cabeza de la primera revolución republicana del continente.

⁴ En relación al caso peruano, sostiene José Aricó: “El estado republicano se constituyó sobre bases políticas, ideológicas e institucionales que mantenían inmodificada la herencia colonial y que instauraban de hecho un sistema cuasi medieval de estamentos jerárquicamente organizados” (Aricó, 1999: 195).



Estas imágenes han sido tomadas de dos manuales escolares vigentes. Ellas ejemplifican el tipo de representaciones sobre la Independencia que circula masivamente. Alguien que las observe sin atender a su anclaje podría pensar que se está ilustrando una guerra europea. No se muestran allí indios, mestizos, ni objetos “exóticos”. Más precisamente, aunque los investigadores acuerdan en que en los ejércitos de liberación participaron, además de criollos, mestizos e indios, no suelen encontrarse en los retratos de ese “nuevo mundo” que se independiza, marcas que señalen a otro no-europeo, ni en el estilo de las representaciones, en los paisajes retratados, en las vestimentas, ni en la fisonomía de los libertadores.

Ya en el siglo XIX el letrado y presidente de la nación argentina Domingo F. Sarmiento admitía que la intervención de la “tercera entidad” (las masas mestizas del campo) había sido decisiva en la victoria criolla; sin embargo, las imágenes sugieren una independencia de España conseguida únicamente por hombres blancos y civilizados.

El discurso historiográfico que trasmite la escuela tiende a invisibilizar a los grupos que no responden a los patrones de civilización europeos, y con

ello parece reforzar las jerarquías sociales que constantemente son minadas por los movimientos populares promotores de una afirmación autoctona y popular.⁵ A pesar de los cuestionamientos que durante el siglo XX ha sufrido la idea de una única modernidad, los Estados latinoamericanos parecen continuar concibiendo el proceso abierto por la Independencia como una separación del régimen colonial español, pero de ningún modo como una independencia de la cultura europea. Al respecto, veremos en el último apartado una interesante reformulación con el caso mexicano.

3. La guerra contra el indio en Argentina



Arriba a la derecha: “Julio Argentino Roca (Tucumán 1843 - Buenos Aires 1914). Militar y estadista, realizador de la campaña del desierto (1878) Firmó el tratado de límites con Chile y fue dos veces presidente de la república (1880-1886, 1889-1904)”

Abajo a la izquierda: “La conquista del desierto”

Vemos aquí el billete de mayor valor vigente en Argentina. La ilustración remite a la expedición del ejército argentino que exterminó a los pueblos nómades de la Patagonia. Esta sangrienta guerra mediante la que el Estado argentino logra tomar control del territorio sur es nombrada oficialmente, aún hoy, como “Conquista del desierto”,⁶ una expresión que

⁵ Recordemos que Bolivia, una república con 62% de población nativa y un mestizaje sumamente extendido, recién tiene su primer presidente mestizo en enero de 2006; y que la oposición a las medidas de ese gobierno han producido reacciones sumamente violentas que se apoyaban en concepciones racistas.

⁶ A través de diversos libros e iniciativas (como el reemplazo del monumento porteño a Julio Argentino Roca por el “Monumento a la Mujer originaria”), el historiador Osvaldo Bayer se ha convertido en la personalidad que encabeza la denuncia de esa expedición militar y las representaciones que con ella promueve el Estado, al tiempo que busca rescatar la memoria de los pueblos originarios.

recoge la caracterización de “tierra desierta” utilizada por los españoles no en referencia al desierto de habitantes, sino de comunidades utilizables como fuerza de trabajo.

A pesar del reconocimiento de los “pueblos originarios” establecido en la modificación de la Constitución Nacional de 1994, en 1999 (año en que se realizan las últimas modificaciones a los billetes de curso legal) el Estado argentino continúa proponiendo en su moneda que la Argentina es blanca y pura.⁷ Entre las distintas acciones significativas de un político como Roca (quien logró acordar una duradera paz con Chile), el Estado opta por el motivo de la campaña militar a través de la que son controlados territorios muy redituables comercialmente.

La imagen del siglo XX retoma la interpretación construida por el Estado argentino en 1880: no se representa ninguna guerra, e incluso la ilustración sugiere que el ejército no se ha topado con hombre alguno. La conquista de un *desierto* permite al Estado eludir el tratamiento explícito de la cuestión del mestizaje, al tiempo que refuerza una construcción identitaria marcada por un supuesta pureza racial de una Europa blanca.

En ese sentido, en el billete puede descubrirse un equivalente icónico de lo que recientemente el filósofo argentino Dardo Scavino ha propuesto llamar “novela familiar criolla”, en oposición a la “epopeya popular americana”. Ciertamente, la imagen parece refrendar al más ferviente promotor local de aquel tipo de narración, Juan Bautista Alberdi. Éste declaraba en la segunda mitad del siglo XIX: “La Europa sois vosotros mismos. Ya veis que no es tan fea como la creéis. Sois la Europa establecida en América. Sois los descendientes de *Hernan Cortés* y no los de *Moctezuma*. Si la Europa no hubiera ido a América, vosotros habrías nacido en España en lugar de nacer en América: he ahí todo vuestro *americanismo*. Sois españoles nacidos en *América*” (Scavino, 2010: 177).

4. Apariciones de las características autóctonas

⁷ Al respecto, cabe recordar q actualmente la Comisión de Finanzas de la Cámara de Diputados discute un proyecto de reemplazo del motivo de Roca por el de la Teniente Coronela en la Guerra de la Independencia Juana Azurduy.

Las imágenes de la guerra de la independencia y el billete argentino sugieren que la clasificación racial española continúa teniendo cierta vigencia en las representaciones difundidas por los Estados. Sin embargo, pueden señalarse distintos puntos de la historia en los que esa construcción de lo nacional y de la relación con Europa ha sido fuertemente cuestionada, e incluso tramada de un modo distinto. En lo que respecta a los intelectuales, a fines de la Primera Guerra Mundial varios de ellos comienzan a cuestionar “aquello que venía de Europa” y a estrechar lazos con personalidades de distintos países del continente. La idea de que había una única civilización auténtica, cuya cuna se encontraba en Europa, entra entonces en una importante crisis. Son los años en que *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler encuentra diversos lectores y publicistas, al tiempo que llegan las primeras noticias de la Revolución Rusa, cobra visibilidad la Mexicana y la Reforma Universitaria se expande por el continente. Asimismo, en México Raúl Haya de la Torre funda en 1924 la Alianza Popular Revolucionaria Americana, que entonces tiene un carácter continental. Desde la Argentina, en 1925 el escritor dominicano Pedro Henríquez Ureña propone pensar la guerra como el “eclipse de Europa” y distinguir entre la “herencia” de la civilización europea y su “imitación” (Henríquez Ureña, 1925: 27-30), mientras que el mismo año José Ingenieros, junto a varios intelectuales partícipes del movimiento de la Reforma, da vida a la Unión Latinoamericana, una organización que había sido proyectado en 1922, cuando la comitiva de la Revolución Mexicana, presidida por José Vasconcelos, visita el cono sur. Por su parte, José Carlos Mariátegui funda en Perú la célebre revista *Amauta* (1926-1930) y en 1928 publica sus *Siete ensayos sobre la realidad peruana*.

En cuanto a los Estados latinoamericanos, es el mexicano el que, luego del prolongado proceso revolucionario que se inicia en 1910, asume más sistemáticamente la narración de una “epopeya popular americana”. Una muestra de ello la ofrece la siguiente pintura.



Jorge González Camarena, *La Patria*, 1962, óleo sobre tela, 120 x 160 cm..
Museo de Soumaya, Mexiko.

Este óleo, realizado por el pintor mexicano Jorge González Camarena, gana en 1962 el concurso de la “Conaliteg” (Comisión Nacional de Libros y Textos Gratuitos) y su reproducción se convierte, desde entonces y por diez años, en el motivo que ilustra la portada de los 350 títulos escolares que la Secretaría de Educación Pública del Estado mexicano distribuye gratuita y masivamente en el territorio.

El cuadro alude resueltamente a la alegoría europea de la libertad. En la tradición política inaugurada por la Revolución Francesa, la mujer con la estola blanca de reminiscencias romanas deviene el símbolo, por antonomasia, de la libertad. Como una cita a “La Liberté guidant le peuple” pintado por Eugene Delacroix en 1830, “La Patria” sostiene una bandera y dirige su mirada hacia el futuro. Pero también inscribe sus variaciones tanto a la referencia francesa como a ese criollismo en el que civilización es sinónimo de blancura y pureza.

La libertad mexicana tiene una apariencia mestiza y, en lugar de un arma, porta un libro abierto: es mediante la educación que ella pretende guiar al pueblo hacia el progreso. Se propone una representación identitaria que no recusa la estrecha relación civilizatoria con Europea, aunque ahora los elementos autóctonos adquieren visibilidad. En efecto, en el segundo plano del cuadro se distinguen los animales heráldicos mexicanos, de procedencia azteca: ese águila devorando una serpiente que, según la leyenda, es la señal enviada por el dios al pueblo para que reconozca el lugar

en el que debe fundar la ciudad de Tenochtitlan, actual ciudad de México. Asimismo, junto a la mujer y sobre el ala del águila se retratan varios objetos alegóricos: la bandera tricolor francesa y dos columnas (una de estilo romano y otra griego) como símbolo de la cultura; el arado y las frutas del Nuevo Mundo como símbolo de la agricultura; y una fábrica que remite a la industria.

A diferencia de las imágenes anteriores, las particularidades latinoamericanas juegan aquí un importante rol. El Estado mexicano decide representar a México como una civilización mestiza. Pero cabe recordar que hacia 1962 la idea de la identidad latinoamericana como un crisol de razas ya tiene una larga tradición en el continente y específicamente en ese país. El “apóstol de la educación” durante la Revolución Mexicana, José Vasconcelos, había publicado en 1925 *La raza cósmica. Misión de la raza iberoamericana*, un ensayo en el que, en discusión con el concepto de Gustave Le Bon de una “raza pura”, se introduce la idea de una raza latinoamericana proveniente de la mezcla entre las comunidades americanas y las españolas. Esa mezcla racial, en oposición a la separación y pureza, sería la marca particular de latinoamérica frente a Europa y Estados Unidos.⁸

Las respuestas del Estado mexicano a las preguntas ¿qué somos? y ¿qué nos une con Europa? se distancian ampliamente de las halladas en las otras imágenes. Los libros escolares que reparte el Estado en los sesenta sugieren en su portada que se trata de una nación occidental, pero dicen también que México tiene algo más que Europa, en relación tanto con la naturaleza como con la cultura. Y es a partir de esas diferencias que debería ser posible una nueva y original identidad. De todos modos, a pesar de esa diferencia, la construcción mexicana comparte con las anteriores la invisibilización de los conflictos y tensiones implicados en todo recorte de un

⁸ Esta propuesta alcanza a resignificar el Día de la Raza, festejo instaurado, a instancias de España, por los Estados latinoamericanos hacia fines de 1920. Siguiendo la construcción identitaria formulada por Vasconcelos (entonces Secretario de Instrucción Pública y enlace decisivo de los “muralistas” con el Estado), México otorga un significado particular al día festivo: no recuerda la llegada del hombre blanco, cuya descendencia es el criollo, sino el comienzo del mestizaje y el sincretismo cultural, cuyo resultado sería la emergencia de una “raza iberoamericana” (Rodríguez, 2007: 117-124).

“nosotros”. En efecto, la propuesta mexicana continúa dominada por la idea de armonía, idea que en 1968 el mismo Estado mexicano se encargará de rebatir con la Matanza de Tlatelolco.

Para concluir, analicemos una última imagen que sí se propone dar cuenta de las tensiones que recorren el intento de construir una identidad latinoamericana.



Frida Kahlo, *Retrato de Lucha María*, 1942, Masonite, 54,6 x 43,1 cm. Colección privada.

Este cuadro de Frida Kahlo no ha sido retomado por una política estatal tendiente a formular una representación nacional –ni es parte del grupo de obras de la mexicana más conocido-. Sin embargo, lo hemos elegido para concluir este recorrido porque creemos que en él puede hallarse una provocadora interrogación sobre la identidad latinoamericana y su vínculo con Europa.

A primera vista, “Retrato de Lucha María” se presenta como un retrato convencional y romántico de una niña indígena. Sentada sobre una roca, Lucha María tiene a sus espaldas un paisaje partido por dos ejes que organizan oposiciones tajantes. Por un lado, el horizonte divide la tierra del cielo; por el otro, un difuso eje vertical ubica el día a la derecha y la noche a la izquierda. El cielo de la derecha es iluminado por el sol que cae sobre la “Pirámide del sol” (que aún puede visitarse en Teotihuacán) y el cielo de la

izquierda es apenas iluminado por la luna que baña la “Pirámide de la luna” (de la misma ciudad mexicana).

El nombre cristiano de la niña, su peinado y el modo de sentarse sugieren que ella pertenece a una cultura que ha recibido una fuerte influencia de la Europa “civilizada”, una cultura híbrida. Pero una mirada atenta puede descubrir que el cuadro desestabiliza sutilmente la armonía de esa identidad mestiza. En efecto, en medio de la Segunda Guerra Mundial, Frida pinta en el centro de la escena un avión de combate camuflado, similar a los que atraviesan los cielos europeos, y lo coloca, como un inocente juguete, en las manos de la niña indígena. A ello se suma la elección de sus nombres. Los dos apelativos cristianos tienen una significativa semántica cuando se los utiliza para dar identidad a la niña indígena ubicada en ese escenario: “Lucha” parece haber dejado de funcionar como el diminutivo de “Lucía” para aludir a la guerra, y “María” podría sugerir la referencia a la mujer que, sin quererlo ni saberlo, dio nacimiento a una nueva era.

Así, en esta última imagen encontramos finalmente representada una identidad latinoamericana no sólo mestizada, sino también recorrida por fuertes tensiones. Lucha María se encuentra sentada en el centro de dos ejes que trazan una encrucijada. Esas dos culturas ya han sido mezcladas y su respectivo valor ha dejado de ser inmediatamente claro, pues la nueva guerra parece formular con más fuerza las siguientes preguntas: ¿dónde reside nuestra identidad latinoamericana? ¿Esa Europa que da a luz una nueva barbarie puede ser el indiscutido modelo?

Referência bibliográfica

ANDERSON, Benedict. ***Comunidades imaginarias. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo***, Buenos Aires, FCE, 1999.

ARICO, José, **“Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano” en *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina***, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

BAYER, Osvaldo (comp.). **Historia de la crueldad argentina: Julio Argentino Roca**, Buenos Aires, Ediciones del CCC, 2007.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro. “**Caminos de nuestra historia literaria**” en *Valoraciones* n° 7, La Plata, setiembre 1925, pp. 27-32.

RODRIGUEZ, Miguel. **Celebración de la “Raza”. Una historia comparativa del 12 de octubre**, México, Universidad Iberoamericana, 2004.

SABATO, Hilda. “**La reacción de América: la construcción de las repúblicas en el siglo XIX**”, en CHARTIER, Roger y FEROS, Antonio (comp.), **Europa, América y el mundo: tiempos históricos**, Madrid, Marcial Pons, 2006.

SCAVINO, Dardo (2010). **Narraciones de la independencia. Arqueología de un fervor contradictorio**, Buenos Aires, Eterna Cadencia.

TERÁN, Oscar (comp.). **Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano**, Buenos Aires, Siglo XXI, 2010.

VAZQUEZ, Karina. “**De la modernidad y sus mapas. Revista de Occidente y la “nueva generación” en la Argentina de los años veinte**”, *Revista Intellectus*, año 02, vol. II, www.intellectus.uerj.br, 2003.

YANKELEVICH, Pablo, “**Las fronteras latinoamericanas del México revolucionario**” en *México en el mundo hispánico*, MAZÍN GÓMEZ, Óscar (comp.), Michoacan, COLMIH. S. 131-147, 2000.